

LE ROSAIRE

DE L'AURORE

Ponferrada, 22 de mayo de 2006.

MATARILE, RILE, RON.

Sergio B. Landrove desaparece de su domicilio sin dejar rastro quizá siguiendo los pasos del gato con botas.

REDACCIÓN. En el número anterior de Le Rosaire (LR) nuestro amado director expresaba la enorme tristeza que inundó los pechos de los redactores cuando supimos que el capítulo quince de **Gerifalte instantáneo** había perecido en el incendio con que las fruncidoras de la Asociación Agustina de Aragón, apoyando al siempre eficaz cuerpo de Bomberos de nuestra villa, lograron descolapsar el acceso a las oficinas de las Ediciós da mitocondria. No sabíamos que no era más que la primera de una serie de catastróficas desdichas pues, desde aquel aciago día, nadie ha tenido más noticias de Landrove. ¿Llegó a mandarnos el capítulo que creíamos quemado? Puede que nunca lo sepamos. La última pista sobre su paradero nos la da el postrero, al cierre de esta edición, asiento de su ciberbitácora: una reseña de la conferencia que el filósofo asturiano Gustavo Bueno dictó en Ponferrada el pasado veintisiete de abril.

Terriblemente preocupado por la desaparición del escritor, que podría ocasionar la pérdida del considerable número lectores que compran éste libelo atraídos por el reclamo de la adictiva narración de don Sergio, Fritzgerald decidió adoptar una medida excepcional: suspender la publicación de LR para que todos los empleados centrásemos nuestros esfuerzos en la búsqueda del cofundador del movimiento descomunicativo.

Walerico Spliff intentó infructuosamente utilizar su influencia en la cúpula militar para tener acceso a los informes del C.N.I. que siguen el rastro del narrador naonato. Todos nuestros (Sigue en el envés →)

LA INEFABLE BÚSQUEDA DEL HOMBRE RÍGIDO

Un cadáver exquisito por Marciano Pitcairn

(Viene del número anterior)

(...) Abrió los ojos y no volví a ser la misma persona. Bajo aquella mirada se ocultaban los más terribles secretos de la historia del hombre. Toneladas de cadáveres esperando a ser arrojados a la fosa. Imposible describir la angustia en el rostro de aquel niño arrodillado frente al altar. Ese día en que nos dimos cuenta de que la situación era irreversible. Sí, esa fue mi responsabilidad. Un ensordecedor murmullo de voces pidiéndome refugio. Pero, sobre todo, un inagotable afán por abandonar definitivamente el engañoso confort de la quietud imposible. Inamovibles en nuestro perpetuo giro.

- Abandona cualquier intento de comunicación durante unos días. Es frustrante querer hablar y no decir nada adecuado. Volveremos a vernos.

Se levantó y me dejó allí, sentado, sin poder articular palabra.

CAPITULO TERCERO.

Rebusqué entre las conchas: sí, allí estaba, no me lo podía creer. Durante años había estado buscándola sin éxito. Incluso había dudado de su existencia (nadie ya confiaba en aquella promesa). El universo se abría ante mí con una inusitada claridad. A cambio, perdí mi equilibrio para siempre. La realidad llamaba a mi puerta y la razón ya no era una herramienta útil. Sí, se llamaba Cástor y las corrientes marinas habían traído el enigma a nuestra isla. (...)

(Viene del haz) militares, como es bien sabido por los lectores de esta hoja volandera, emplean la primavera para ensayar las fintas adecuadas que permiten ocultar un hospital de campaña dentro de una base militar por lo que nadie atendió a las ofrecimientos y sobornos del bueno de Walerico.

Aquilino F. Artelo, antropólogo berciano y buen amigo de Landrove, se negaba a usar su copia de las llaves para entrar en el piso del escritor, “Se habrá ido de vacaciones”, protestaba ante nuestra insistencia. Alguien le recordó los geranios que podrían ser víctimas inocentes de su escrupuloso respeto a la inviolabilidad domiciliaria lo que hizo que Artelo allanase el coqueto apartamento de su amigo: “No hay signos de violencia, el gas está abierto y toda la ropa en sus armarios... Es muy extraño”, nos comentó entre sollozos cuando salió del inmueble con varias parejas de yogures caducados en sus manos.

Fue Benito Pantaleón, catedrático de literatura jubilado cuyo nombre tomó Landrove para bautizar al Director General del CEAS, el que nos puso sobre la pista: “¿Habéis leído las apostillas a la constelación (se refería al *blog* de SBL, titulado **Constelación decimoctava**) de Landrove?” De ellas se deduce, como nos informó Pantaleón, que Constantino Bértolo, un conocido y revolucionario, sensu stricto, editor se puso en contacto con nuestro colaborador interesado por sus escritos. “¿Es posible que Landrove nos haya abandonado sin decir nada para abrazar la hasta antier tan denostada por él literatura comercial? y ¿Quién se lo dice a don Gervasio?”. Tras un sorteo me tocó a mí. Nuestro nunca suficientemente admirado director, como imaginábamos, montó en Cólera, su triciclo, para intentar vencer el cabreo haciendo largos al zaguán de la redacción. Cuando su pecho estuvo suficiente mortificado a rodillazos simplemente gritó: “¡Hablen con Sicks!”

Paul Sicks como todos los jueves se dirigía a la reunión de la Real Academia de la Lengua Española y a las puertas de la sede, esquivando a las hordas de periodistas de sociedad que reclamaban sonetos de los sabios numerarios de la docta casa, nos dijo: “Somos amigos porque apenas hablamos. Creo que le escribí a principios de marzo... ¿Desaparecido? *Nada permanece en su sitio, y mis pies se deslizan por el frío suelo. Son sus movimientos, ráfagas de aire, impensables motores que me elevan hacia el subconsciente... ¿Ineludibles colores?* –Sicks alza la voz más y se sube a un iglú verde de reciclaje de vidrio- *Porque nunca hubo espejo fiel a la realidad nos hundimos en el centro de la Tierra. Pero yo me vuelo, me expando y giro. Cayendo por el hueco de la cerradura, valles en el lado opuesto, agua y cielo, rosadas notas en el amanecer de una mañana que percibo en olores inquietantes cuando instantáneamente...*” Aquí Sicks hace un gesto que indica una pausa escénica. El tráfico madrileño se ha parado para escuchar los versos del vate descomunicativo. Se oyen unas sirenas y diez miembros de la Unidad de Intervención Policial reducen al rapsoda que, aclamado por la muchedumbre, aún sigue recitando esposado: “*Cayendo por el hueco de la cerradura, verde, verde, todo vuela (...)*” En fin, todo un espectáculo dantesco.



**EDICIÓN DA
MITOCONDRIA 2006.**

No hay derechos re-
servados.

A lo largo de esta compulsiva existencia de seres abocados a la uniformidad y el progreso, no caben ya más fiestas que las improvisadas al calor de un encuentro, una música o una narración inesperada, si somos capaces de coger al vuelo y disfrutar de esas raras y excepcionales ocasiones. Pero las otras fiestas, las marcadas por el calendario, dejan de tener sentido cuando ya no se rememora la historia que dio origen a la celebración